

Narrativa Autor poco familiar a los lectores de hoy, el Nobel serbio-bosnio Ivo Andric (1892-1975) ha chequeado las sinrazones de los países balcánicos, como ejemplifican los siete relatos que forman ‘Café Titanic (y otras historias)’

Tierra de odio y miedo

Ivo Andric
Café Titanic (y otras historias)
Traducción de Luisa Fernanda Garrido y Tihomir Pistelek

ACANTILADO
115 PÁGINAS
15 EUROS

ROBERT SALADRIGAS

Hace unas semanas visité en el Museo de Arte Moderno de Ceret la exposición dedicada a los pintores húngaros del periodo *fauve*. Un cuadro en particular llamó mi atención, el titulado *Paisaje de invierno con valla* (1910) de Sándor Ziffer. Estuve un buen rato contemplándolo. Y, en un determinado momento, quizá por sus colores vivos y sus formas planas, recordé una novela excelente que nunca he olvidado: *Un puente sobre el Drina* (1945) de Ivo Andric (Travnik, Bosnia-Herzegovina, 1892-Belgrado, 1975), autor distinguido con el Nobel de 1961, cuyo mérito nadie discutió como afirma Kjell Espmark, durante años presidente del comité sueco, en su ensayo *El premio Nobel de Literatura. Cien años con la misión* recién incorporado al catálogo de Nórdica.

El azar ha querido que precisamente acabe de salir un librito –por su tamaño y extensión– con siete relatos de Ivo Andric, *Café Titanic (y otras historias)* (*Bife ‘Titanic’ i druge price*), que tal vez –ojalá– contribuya a reactualizar la narrativa del autor serbio-bosnio. Creo que el núcleo principal de su novelística, la trilogía compuesta por *La crónica de Travnik*, *Un puente sobre el Drina* y *La señorita* que recrea el pasado turbulento de Bosnia desde la ocupación turca de 1389 hasta los albores de la Gran

Guerra, no es ilocalizable, pero tampoco estoy seguro de que el nombre de Ivo Andric sea familiar a los lectores de hoy pese a que el permanente conflicto de los países balcánicos divididos, luego unificados bajo la República Federal Yugoslava y por fin vueltos a dividir y enfrentados entre sí en la piel de la vieja Europa, debería estimular el interés o al menos la curiosidad hacia aquellos artistas que han

procurado atrapar la verdad profunda y dura de su conciencia para que tratemos, si es posible, de interpretarla.

No es casual que Andric abra el libro con el texto titulado *En el cementerio judío de Sarajevo*, donde el narrador rememora la geografía trágica de las matanzas de judíos tras visitar el cementerio de los sefardíes sarajevitas, asentado en una escarpada ladera de cara a las

aguas verdosas del río Miljacka. Tampoco es fortuito que el relato de cierre, el más extenso, sea el que presta su título al volumen, *Café Titanic*, un sórdido y residual antró de Sarajevo en tiempos del sanguinario régimen de los *ustacha*, los nacionalistas croatas que con el soporte nazi llevaron a cabo en territorio bosnio una feroz caza de judíos. Las historias paralelas de Mento Papo, dueño del establecimiento, sefardí ajeno a la comunidad hebrea, primario y alcohólico, y de su verdugo Stjepan Kovic, un sujeto psicológicamente débil, marginal, humillado incluso por sus camaradas *ustachas*, son en verdad estremecedoras y Andric describe esas vidas de desguace en una lección de escritura que transpira toda la virulencia dramática de una época infamante y un lugar sembrado de cadáveres.

Pero es en *Una carta de 1920* donde Andric muestra las tripas de su literatura y las claves del fatalismo que rezuma. Un antiguo condiscípulo, el doctor Max Löwenfeld con quien coincide al cabo de los años en una estación, le escribe desde Trieste y en alemán una carta extremadamente lúcida en la que explica por qué se obligó a huir de Bosnia. Su extenso razonamiento se resuelve en una afirmación terrible: “Bosnia es tierra de odio. Esto es Bosnia”. Él, pues, ha querido escapar del odio y el miedo consiguiente de todos contra todos –el ya sabido “conflicto consigo mismo” de los nada comunes pueblos balcánicos– para luego, triste paradoja, caer en 1938 en el frente de Aragón. De manera que, según la experiencia de Ivo Andric, nadie decente está a salvo de ese virus moral que corrompe los sentimientos humanos. Él lo cuenta con humildad, compasión y belleza. |



El escritor Ivo Andric, en su casa de Belgrado en 1961

GETTY IMAGES

Novela

Una mujer que vive en libertad

Anna Banti
Artemisia
Introducción de Susan Sontag.
Traducción de Carmen Romero

ALFABIA
310 PÁGINAS
22,40 EUROS

SÒNIA HERNÁNDEZ

Subraya Susan Sontag en el ensayo introductorio a esta edición de *Artemisia* como uno de los aspectos más interesantes de esta biografía novelada el solapamiento de las voces de Anna Banti (seudónimo de Lucia Lopresti, 1895-1985) y de la pintora Artemisia Gentileschi, “la única mujer que ocupa un lugar en la incomparable serie de Grandes Maestros Europeos”. Cabe señalar que uno de los méritos de esta recuperación de Alfabetia ha sido engarzar otra voz más –la de la ensayista estadounidense– a esa dualidad que da salida a muchas historias.

El núcleo principal de la obra es

la biografía de esta pintora del barroco: cómo una mujer consigue la libertad a través de la pérdida, el dolor y el rechazo en una trayectoria que culmina en la grandeza de su obra pictórica y en un gran inte-

El núcleo principal es la biografía de la pintora Artemisia Gentileschi a través del rechazo y el dolor hasta culminar en la grandeza de su obra

rrogante como único resultado de tantas cuitas vitales. Violada, marginada, admirada, abandonada por el esposo al que cree que hubiese llegado a amar y despreciada por su hija, Artemisia consigue vivir en

la libertad que sólo estaba reservada para los hombres, y es ahí donde Susan Sontag cree ver la “resonancia feminista” de la obra de Anna Banti, aunque su autora renegara del feminismo. De hecho, es una

obra feminista exactamente en la misma manera en que no lo es. Artemisia es libre porque consigue vivir como un hombre, pero todo sucede a su pesar, puesto que lamenta profundamente no haber conse-

guido ser la hija, la esposa y la madre que hubiera deseado. Banti pone de manifiesto que la libertad no siempre es una opción consciente y deseada, sino que a veces no queda más remedio para sobrevivir que asumir la responsabilidad de la propia existencia. Y la fuerza con la que Banti muestra esta contradicción universal es tal vez el puntal más atractivo del libro.

Una paradoja similar aparece cuando, después de presenciar cómo los bombardeos alemanes del 14 de agosto de 1944 sobre Florencia convertían en ruinas parte de la ciudad –entre las que desaparece la novela sobre Artemisia que estaba escribiendo–, la autora se obliga a seguir adelante buscando un sentido en la barbarie. Con el tiempo, volvería a la biografía de Artemisia, porque era el modo de reconocerse a sí misma. Con tan buen pie y buenas compañías ha empezado la editorial Alfabetia su aventura. |